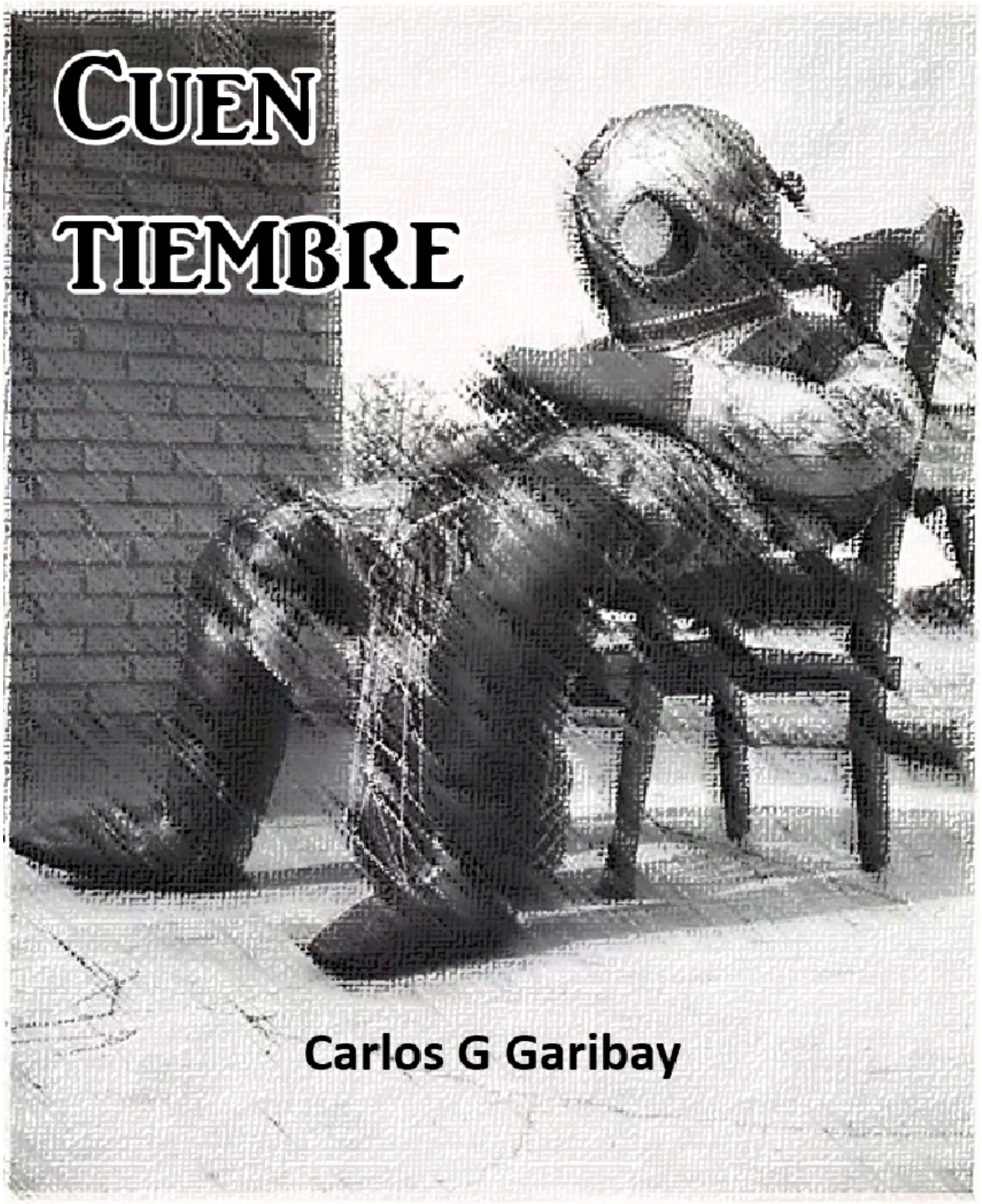
Cuentiembre - Carlos G. Garibay

Carlos G. Garibay



Capítulo 1

Éxito al fin

Cuando despiertas ves secretos inconfesables viajando hacia el sol. ¿Te parece divertido?

No.

No, porque eso significaría que toda la cloaca que guardas en tu interior se ha destapado. Y aunque el metafórico viaje hacia el sol significaría que todo terminará abrasado por este primigenio elemento —cual solución cliché del hombre de acero—, la idea poética de que eso es un final no te convence del todo.

Piensas que tu mente te está jugando rudo en complicidad con tus ojos, de modo que te los frotas, esperando con este gesto sacudir la modorra y que al abrirlos de nuevo tengas la certeza de que todo fue un maldito sueño. Te alegras al comprobar que, efectivamente, soñaste con el fin del suplicio. Sonries, consciente de que sigue donde lo dejaste la noche anterior: carcomiéndote las entrañas.

La costumbre se impuso después de pasar tanto tiempo deshaciéndote de él. Pensaste que no sabrías que hacer en su ausencia, te dio miedo comprobarlo, y dijiste "mañana". Te lo dijiste tantas veces que conseguiste, por fin, convencerte.

Un éxito al fin.

Culero.

Capítulo 2

Fan del tabaco de las 12

Como lo haces cada día desde hace casi dos años, pegas la cara a la ventana del despacho, la que tiene una inmejorable vista a la cafetería de la empresa. Tienes un interés particular por lo que ocurrirá aproximadamente a las doce en el pequeño machuelo que está junto a la entrada que proporciona una acogedora tranquilidad para fumar a quienes buscan escapar de los hipócritas fumadores pasivos.

Su silueta es inconfundible, su manera de caminar y la gracia de toda su persona, su sello particular. No es la más guapa del mundo, pero como dice la canción, jurarías que es más guapa que cualquiera. El tiempo se detiene desde que la ves acercarse, tomar asiento en el dichoso machuelo —le tienes envidia al machuelo—, sacar de su descomunal bolsa una cajetilla de cigarros, escoger uno y encenderlo para después paladearlo con sibaritismo, dejando que sus preocupaciones y ocupaciones, desconocidas para ti, desaparezcan por un rato, a veces interrumpido por una impertinente llamada a su teléfono celular. Apagar la colilla, levantarse y verla partir es el clímax de esos 15 minutos de gloria urbana.

Es más que una rutina y tú te crees más que un simple y patético *voyeur*. Ha nacido en ti el instinto de observar el reloj conforme las doce se acercan, ese mismo instinto te pone en estado de alerta desde el menos cuarto. Cualquier otra actividad puede esperar, es considerada un factor de distracción totalmente prescindible y despreciable en ese momento. Un indescriptible sentimiento de irresponsabilidad hace presa en ti cuando faltas de algún modo a tu vigilia diaria.

A veces ocurre que el *machuelo-pedestal* se encuentra ocupado por algún usurpador, maldito inoportuno, y es entonces que ella opta por ocupar algún otro lugar más alejado y por tanto, mucho menos disfrutable que el invadido altar oficial. Tu odio y mala leche se hacen patentes. Malditas sean esas horas. También puede pasar que ella deje de asistir a su ritual. Y cuando eso ocurre, un atroz sentimiento de desamparo y abandono se apodera de ti. "Perra", piensas.

Te contentas con verla fumar. Admiras la forma en que se sienta, la forma en que mantiene erguida su figura mientras fuma, la caída de su cabello lacio, siempre recogido en una soberbia cola de caballo, la clase con la que sostiene el cigarro y las volutas de humo expulsadas de su boca haciendo ensoñadoras y efímeras formas antes de desaparecer en el aire. Si pudieras, las respirarías. El esperado movimiento a la hora de

levantarse hace que la mañana completa valga la pena.

Te cuidas de no ser visto mirándola. Eso provocaría en ti una reacción comparable a la de un niño sorprendido robando golosinas. Pero te gusta imaginar que ella se sabe observada. Que cada uno de sus cadenciosos movimientos es estudiado y llevado a cabo deliberadamente para ti. Sueñas que cuando se sacude la tierra de las nalgas después de fumar está mandándote una cachonda y cruel señal de despedida.

Tienes miedo de ser descubierto y en consecuencia, ser privado de ese diario y gratuito placer.

Ojalá supieras su nombre.

Ojalá y ella se atreviera a hablarte.

Quizás en otros dos años.

Capítulo 3

Cómo ser gordo en un mundo *crosfitero*

Todos los días te repites la letanía. Cada mañana cuando reúnes el valor de levantarte de la cama. Tu conciencia te juega rudo y te provoca momentos de debilidad, esos en los que las recomendaciones de tus amistades pueden hacer mella en ti y comiences a ingerir comida de vacas y licuaditos de forma paralela a tu dieta normal alta en grasa.

Es indispensable que hagas caso omiso de ella.

Búrlate cínica e inmisericordemente de los que publican en todos lados fotos de sí mismos siendo sanísimos al tiempo que cuelgan de un tubo, cargando con el peso del mundo mientras combinan a la perfección su vestimenta deportiva; o fotos de todo lo insípido y saludable que se llevan a la boca. No hagas ningún caso de lo buenas que están las promotoras del gimnasio o terminarás pagando una membresía que no utilizarás. Tampoco prestes atención a las que corren, a fin de cuentas no las alcanzarás. Cuídate de quienes te retan diciendo que bajar de peso es cuestión de *güevos*. Tienen colesterol.

Pero sobre todo, ignora los llamados de tu propio cuerpo.

No falla.

Capítulo 4

Las Perras

"Podríamos haber sido nosotros, pero prefirió a sus perras", pensaste mientras mirabas sin disimular tu rencor a las asistentes del Director al enterarte de que otra vez las ha favorecido con un significativo beneficio.

Las malas lenguas dicen que se las está cogiendo a las dos, y aunque lo cierto es que a nadie le consta, quienes tratan con ellos, como tú, se imaginan que más bien ellas se lo cogen a él, a juzgar por los modales de dueñas y señoras que han adoptado ambas.

Lo dicho: son unas perras.

Son mucha pieza para el viejo y no pocos se imaginan el frasco de píldoras azules que ha de necesitar para seguir el paso de ellas. Recordaste sonriendo lo que decía Don Lupe Barrera —en paz goce—: "cuando el cuerpo mengua, con la lengua". También pensaste en lo que decía con respecto a cuando el cuerpo es nulo y juzgaste que bien podría ser el caso también, tomando en cuenta que el Director es un político. Después de todo, él también se comporta como dueño y señor.

Las perras. Sus perras —o eso piensa él— se han visto beneficiadas una y otra vez desde la llegada del viejo. Contratos, puestos, horarios, sueldos..., vaya, hasta prestaciones que ni sabías que existen y que a la autoridad y al sindicato les conviene —y les complace— que así siga siendo.

Cada una de ellas quiere ser la perra alfa, y si para eso tiene que comerse los *güevos* del viejo y las entrañas de la otra, lo hará sin misericordia.

A veces parece que las perras se tienen mucho aprecio y abundante confianza. Pero no. Es solo que saben que al enemigo hay que tenerlo cerca.

Capítulo 5

Entre Ibargüengoitia y una mujer latosa

"Los monumentos, hay que admitir, son piedras que cuestan una fortuna...", leías lentamente, mientras tratabas de imaginar la infinidad de ejemplos con los que podrías ilustrar la frase.

— ¿Vicente? ¡Vicente! —preguntó la enorme figura que estorbaba el paso de la luz a través de la puerta y que una vez más te llama por un nombre que no es el tuyo. ¡Qué curioso que venga a interrumpirte justo en esa parte de la cita que estás tratando de analizar! Muy molesto, como siempre, pero curioso.

— Tengo un problema con la exportación de una base de datos... —Ahora es ella la que se ve obligada a interrumpir su frase ante el índice que le muestras exigiendo silencio, mientras te obligas a terminar de leer la frase: "... y que se olvidarían si no fuera porque estorban el tránsito: Ibargüengoitia".

"Monumento de mujer, ésta." —piensas— "Costoso, muy probablemente. Estorboso, sin duda." —Tomas aire y volteas a mirarla— Jesús, mi nombre es Jesús. No Vicente ¿qué base de datos te está dando problemas?

Tras unos minutos en los que te divides entre la búsqueda de palabras sencillas para explicar lo necesario y repetírselo dos o tres veces a la interesada, regresas a la lectura de frases y citas. Has pasado un par de semanas acompañado de la lectura de Jorge Ibargüengoitia y estás entretenido con algunas de las frases más sabrosas.

"Hablo y escribo en guanajuatense *distritofederalizado*."

— Pase maestro, él es Vicente y es quien le ayudará a configurar su cuenta de usuario —La mujerona vuelve, interrumpiéndote de nuevo. Esta vez acompañada de un señor que viene en busca de asesoría técnica y que sin duda es ajeno a la equivocación reiterada.

— Jesús Vaca, servidor —saludas al señor lo más enfáticamente que puedes, para ver si de una vez por todas le queda claro a ella que tu nombre no es Vicente. Mujerona voluptuosísima de casi 1.80 de alto, monumento, está logrando que cualquier atractivo que pueda tener para ti se desvanezca a fuerza de interrupciones y de haberte cambiado el nombre.

Terminas tu jornada laboral y dejas sobre tu escritorio un letrero con tu nombre impreso en letras de 72 puntos y te vas pensando en que no tienes una puta idea de cuál es el nombre de ella.

Capítulo 6

Enseña la cara, desgraciado

La lluvia está comenzando a convertirse en un agudo *mojapendejos* y hace que tu espera parezca más larga, aunque apenas se van a completar los dos cuartos de hora. Te ajustas una vez más la capucha del impermeable que escurre intensamente desde hace rato. En favor de la discreción has prescindido del paraguas y te has acurrucado en la esquina norte del puente. Sigues aguardando algún movimiento en el estacionamiento de la plaza.

Bajo el puente, la avenida comienza a convertirse en un caos con el tráfico de las siete bajo la lluvia. Maldices en silencio: "Con este aguacero no vendrán estos cabrones". Palpas amorosamente bajo tu impermeable la cámara que, previsor, envolviste cuidadosamente en plástico, cuando un movimiento en la plaza te alerta.

El auto plateado se acerca lentamente a su lugar en el estacionamiento. El *soplo* es correcto. Las luces se extinguen y los limpiaparabrisas se detienen al apagarse el auto.

—La cara. Enseña la cara, desgraciado— susurras agachado, cubriéndote tras el parapeto mientras preparas la cámara. No tiene caso disparar ahora y arriesgarte a que te pillen. Esperas.

La lluvia no parece amainar y comienzas a entumirte en tu escondrijo. Sin embargo la lluvia te favorece pues gracias a ella el puente está más solitario que de costumbre. Tan solo pasan cinco minutos cuando la camioneta aparece en el estacionamiento, los códigos apagados, lento andar, dos números en el interior. El pulso se te acelera mientras enciendes la cámara y rezas porque las mustias plantas del macetero en el puente sean suficiente camuflaje. Te apoyas en la barda y enfocas. La patrulla se empareja con el plateado, se abren las ventanillas. Comienzas a disparar en rápida sucesión mientras en el estacionamiento de la plaza los dos vehículos intercambian sobres. Cuando la patrulla arranca, contienes el aliento. No te mueves, y cuando ves que se pierde en el interior de la plaza, te atreves a quitarte de tu escondite sentándote con el muro por respaldo. Tras unos instantes que te sirven para normalizar tu respiración, te asomas una vez más tan solo para ver al plateado tomar la salida.

Ha acabado.

Capítulo 7

Rubí

La arena es un reflejo fiel del concepto de emoción colectiva automática. Todo el público en las gradas sabe que harás una salida de bandera y sin embargo el alarido de sorpresa que sigue al golpe en el suelo de concreto es general.

Tu contrincante, el Vengador, sobre el cuadrilátero hace algunos gestos de regodeo ante sus aficionados que, generosos, le brindan el aplauso. Después de eso trepó ágilmente a un esquinero y extendiendo los brazos preparó su vuelo.

En el piso, sacudías tu cabeza tratando de despejar el mareo producido por el golpe y te mueves con torpeza. *Performance* de rigor para justificar tu estancia en el lugar de aterrizaje del luchador volador. También te frotas la espalda y con esto logras más realismo en el espectáculo. El público en el *ring side*, en un inmediato reflejo, se aparta para no estorbar el desarrollo de la lucha y de paso obtener una mejor vista del vuelo del Vengador.

Rubí desde su lugar en la segunda fila no se mueve ni está como todos mirando al Vengador. Te mira a ti. De hecho, es la única que notó tu queja cuando caíste y también tiene la certeza de que el dolor que manifiestas en tu espalda es real. No sabe cómo, pero está segura de eso. Aun cuando tu máscara de *Calavera Cósmica* cubre tus ojos y boca, ella percibe tu dolor.

Tú supiste desde el momento en que caíste que te habías lastimado. Sientes una especie de ardor frío en tu espalda y el hormigueo en tus piernas te alarma. Tus reflejos laborales te hacen continuar con tu evolución, pronto a recibir a tu contrincante. Más que tu dolor, te preocupa la seguridad de tu compañero. No sabes si tu espalda lo soportará.

Tras un instante que te pareció eterno, el Vengador hizo su salto. Ajeno a tu lesión, el joven rudo puso todo su empeño en lograr un vuelo estético, alto e impresionante. Su juventud y las interminables horas de entrenamiento hicieron que lograra un bello lance. La multitud enmudece.

Abres tus ojos en el suelo de concreto, estás mareado. Sólo recuerdas haber sido empujado por Rubí y el murmullo antes del silencio

total. Al voltear hacia donde deberías haber estado contemplas al Vengador y a Rubí yacer en el piso que poco a poco se cubre de carmesí.

Capítulo 8

Bad Dog

Tu mano se aferra inútilmente al pescuezo del can. Se revuelve pero sus mandíbulas no ceden. Escuchas el crujir de los huesos de tu brazo capturado, escuchas tu grito agudo como si otra persona fuera la víctima. Sueltas al animal y con tu mano libre tomas tu arma. Te dispones a dispararle cuando suena el silbido. La fiera te suelta y, obediente, se sienta. Miras a la mujer sorprendido. Señora de la bestia, hermosa... sensual. Le apuntas ahora a ella, que se limita a chasquear los dedos teatralmente.

El perro ataca de nuevo, esta vez, a tus testículos.

Capítulo 9

Egoísta

Las manos de uno de los hombres se posan en tu garganta. Sujetas sus muñecas, pero es inútil, el agarre es férreo. El gorila te eleva, deslizándote por la pared, tus pies se despegan del piso mientras tu vista se nubla.

El tipo que acompaña al bruto parece aburrido mirando cómo te levantan como a un alfeñique, se lleva un cigarro a la boca y sin encenderlo comienza a hurgar el bolsillo de tu saco. Encontró enseguida lo que buscaba. La expresión de su rostro cambia radicalmente, parece asustado. Saca su pistola y poniéndola en la sien del grandote abre fuego. Caes. Boqueas mientras te liberas de las manos que hacía un instante te aprisionaban.

— ¿Por qué...? —comienzas a preguntar.
— Esto no se comparte —dice el pistolero mientras te pone el cañón en el cuello— ¿dónde lo has conseguido? ¿dónde está la parte que falta?
— Tú lo has dicho. No se comparte.

Un nuevo disparo suena en la noche, pero tú no lo escuchas.

Capítulo 10

28 de Septiembre

Los *caballitos* tequileros vacíos forman ya una hilera de cinco junto a la vasija con cacahuates. El sexto tiene solamente la mitad de su contenido y descansa en tu mano izquierda mientras el cigarro *Farito* humea plácidamente en la derecha. Eres el único ocupante de la barra iluminada tenuemente. El cantinero a unos metros seca unos vasos y en las bocinas inician las notas de *Donde manda marinero* de Calamaro.

Se está a gusto sin el bullicio habitual, los martes no hay muchos parroquianos en la cantina. Hace dos horas que apagaste el celular y lo botaste a la basura. Te preguntas porqué has esperado tantos años para hacerlo.

Apuras de un trago el resto del caballito. Coño, ¡cómo te gusta así el tequila! Saborearlo, sentir su dulce amargura pasar por la garganta. Te irás sin saber porqué la gente tiene la manía de empinárselo por el gaznate después de chupar sal y limón. Maldita televisión y las pendejadas que enseña.

Pones tu vasito al final de la fila y pides otro. Pones las monedas sobre la barra cuando te lo sirven, el cantinero las toma. Hace seis *caballitos* que te ha informado que puedes pagar al final, antes de irte, como siempre. Pero por esta vez prefieres ir pagando cada trago, para no dejar ninguna deuda pendiente.

El cañón del revólver se incrusta en tu nuca, te quedas quieto. Carajo, cuando recién te han servido tu tequila. No podrás paladearlo. Calamaro entona las últimas palabras de su genial rola: "Puedo seguir escapando y aún lo estoy pensando, lo estoy pensando pero estoy cansado de pensar". Le das una última chupada al cigarro y lo apachurras en el cenicero. El cantinero ha dejado de secar vasos y ahora mira sin moverse a los ojos del pistolero.

— Ya era hora, cabrón —dices sin amargura—. ¡Salud! —acto seguido, empinas el *caballito* del modo que habías maldecido minutos antes. Chingue su... ¡qué mal sabe así!

— Feliz cumpleaños —se oyó que alguien dijo antes de que sonara el disparo.

Capítulo 11

Pendejo

Demasiados asientos vacíos para un vuelo *low-cost* y tú que anhelabas pasar desapercibido. Piensas que eres un pendejo por creer que en un vuelo transoceánico te confundirás con el paisaje como si fuera *metro* mexicano en horas pico. Buscas los asientos traseros, llamas a la sobrecargo y pides agua. Piensas en tus amigos Pascual y Marcelo, que siempre te dicen sobre la clase turista que: "el viaje no tiene precio, pero la clase sí". Comienzas a relajarte y a creer que lograrás escapar. Hasta dedicas una sonrisa a la señorita cuando te deja tu charola. Te distraes mirándole el culo cuando se aleja al tiempo que das un trago largo a la botellita. Se anuncia el despegue de tu vuelo cuando reparas en la pequeña cajita sobre la charola. La abres. La nota en su interior dice: "Espero que encuentres el modo de bajar del avión ya". Al fondo de la misma, un pequeño meñique aún goteando sangre.

Capítulo 12

Cuando el emporio se detuvo I

Podrías decir que se trata del *Monumento a la Ironía*. La vieja cantera con los motivos coloniales no logra brindar una buena sombra en esa mañana de calor atroz, el agua de la fuente es una fresca tentación mientras contemplas la escena sentado en la húmeda y cada vez más caliente barda. El gran Benemérito parece hacerles, desde su pedestal, un gesto obsceno al águila y a la mujer que, burlones, coronan los Arcos. La enorme avenida que con todos sus carriles los separa, no parece obstaculizar la estampa. Irónico. No se te ocurre otra forma de nombrarlo: Irónico. ¿De qué otro modo llamarías al hecho de que el prócer más antiimperialista de la nación tenga como telón de fondo una enorme *M* amarilla vendedora de felicidad fugaz en forma de hamburguesa y una tienda que todo lo vende a dólar?

Hace quince minutos que la vista de dicho escenario te distrae de tu habitual contemplación de tetas y nalgas, actividad que desde la barda de la fuente te ofrece generalmente selección y variedad. Todos los días dedicas esos minutos a la admiración del transeúnte cuerpo femenino antes de ir a almorzar. Decidir dónde nunca te toma más tiempo.

Hoy decides comer una enorme hamburguesa de payasito. El sudor comienza a caer en tus ojos, hace más calor de lo habitual y piensas que es una buena señal para levantarte y cruzar la avenida para entrar al agradable clima artificial del establecimiento. Alguna vez has creído que nunca consumirías semejantes productos, decías que la franquicia se había hecho rica con una sola vaca; que para rumiar, mejor mascarías ligas o que para malcomer, en la calle te sale más barato. Mil y un argumentos que terminaste botando a la basura el día que aceptaste que tenías ganas de una cajita eufórica y te reconociste, indolente, como parte del omnipresente sistema.

Mientras caminas hacia el lugar, piensas en la excelente ubicación del local, con unos frondosos pinos en la calle lateral que ofrecen una acogedora sombra en medio de los 32 grados del mediodía. Te agrada el lugar, y seguirías buscando más motivos para justificarte si no fuera porque te detienes abruptamente. Tus manos en las bolsas del pantalón y el gesto de extrañeza que se dibuja en tu rostro te dan un aire cómico, volteas hacia atrás y confirmas que has pasado más de media cuadra del establecimiento ¿en qué estás pensando?

Regresas sobre tus pasos y comienzas a decirte de todo a ti mismo, por idiota. Tienes ganas de saborear una cremosa nieve que, artificial y todo,

te ayudará a aliviar el calor no sin antes haber rellenado un par de veces tu vasote con refresco de máquina y remojar con catsup tus papas fritas imperecederas. Habrá que ver si hay juguetitos nuevos, los de la última promoción ya los tienes todos y además...

Maldita sea.

Rebosas en sudor. Estos paseos que te estás dando frente a la tienda sin entrar te están dejando en tu jugo. Una vez más miras sobre tu hombro y descubres que has dejado atrás la puerta al pasar de largo otra vez. Regresas de nuevo decidido a no distraerte, a mantener la mirada fija en la puerta, como niño al que le están enseñando a caminar. No dejarás que tus desvaríos te dominen. Tampoco pensarás en la ansiedad que sientes ante una larga fila, no te quieres tardar y esta vez está vacío no hay nadie. ¡Excelente, no tendrás que esperar turno! Ya pasan de las doce, podrás pedir una hamburguesa y no un maldito desayuno de los que preparan en las mañanas, será de las primeras del día y además tendrás oportunidad de elegir una buena mesa, si es posible junto a una ventana para poder seguir mirando chavas al pasar mientras comes, ya no hay mucho tiempo pues te has demorado bastante dando vueltas a lo pendejo...

No lo puedes creer.

Das vuelta una vez más. Has intentado entrar tres veces a comprar una dichosa hamburguesa y no lo has conseguido Te has descubierto varios metros más adelante pensando estupideces, cada vez más acalorado y sintiéndote más imbécil cada vez. Estás cansado, no es para menos, tienes 10 minutos asoleándote sin sentido. Aprovechas una cercana sombra de pino y esta vez contemplas con calma la puerta del lugar, sus interiores. No hay clientela, no hay automóviles en el estacionamiento ¿Está cerrado? No, los empleados están allí. Hasta dirías que te miran implorantes ¿qué sucede?

Terminas yendo a almorzar unos tacos de canasta.

Capítulo 13

Canción tradicional rusa

— *Tovarich*, aquí te obsequio estas notas de una antigua canción tradicional de allá de mi tierra —te dijo tu amigo ruso, Vasili, quien seguramente viene de Siberia, Sajalín o algún otro lugar que pueda definirse como *en casa de la chingada rusa;* y tú, halagado, le recibes las partituras de buen grado. Se despiden emocionados en el aeropuerto y metes el legajo a tu equipaje sin leerlo, víctima de la prisa del viajero.

Cuando llegas a tu casa, con 36 horas de vuelo, filas, salas de espera y con un monumental *jet-lag* encima, te acuerdas de las notas que te dio tu cuate ruso y vas y sacas tu teclado, acomodas las hojas y te pones a tocar para conocer más de la canción.

Conforme vas tocando las notas descubres con sorpresa que ¡estás tocando la de Cielito Lindo! ¡Sí, la misma *rola* que corean todos los *pamboleros* que acompañan a la selección mexicana en cuanto pinche estadio se para!

¿Qué onda con el Vasili?

Capítulo 14

Feral

Llegas a la arena jalando tu maleta y, como es tradicional en los enmascarados, con la máscara puesta. Máscara negra por completo, sin boca y con malla en los ojos, negra también. Pareces un *uyuyuy*, pero en rudo. La gente que ha llegado temprano y que ya se encuentra ocupando su lugar en las gradas te mira pasar sin acercarse a ti. Eres distinto a otros luchadores a los que el público saluda o los niños se acercan a conocer. Ni siquiera te echan bronca las señoras entronas que acostumbran defender a los luchadores técnicos.

El Guerrero Universal te ve entrar en los vestidores, viene llegando después de ti y en cambio, él sí recibe algunos saludos, chiflidos y se le acercan niños; hasta suena entre las gradas una mentada de madre. El respetable está vivo.

En el vestidor, tampoco hablas con nadie. Te conoces con pocos de los luchadores locales. No has venido a socializar, sino a que te vean luchar. Estás comenzando a cobrar fama en las arenas donde te presentas; tienes buenos fundamentos de llaveo y eres espectacular con los lances. Tienes buenos detalles. Sin embargo, a los otros luchadores no les gusta repetir una lucha contigo. Eres parco, luchas para lastimar y no juegas en equipo.

Esa tarde es lucha de parejas, el Guerrero Universal hace equipo con el Vengador; tú, con Velo de la Muerte. Todo va bien, cosa normal; hasta te das el lujo de quitarle una botella de 3 litros de refresco de cola a una señora y después de agitarla, la vacías dentro del calzón del Vengador. Pero en la tercera caída, el Guerrero lanza a Velo de la Muerte sobre ti y en lugar de recibirlo, te quitas, provocando que Velo caiga de feo modo sobre la lona. Todo es alarido y rechifla entre el público, están gozando de la lucha.

— ¿Qué estás haciendo? ¿No viste a tu pareja? —te pregunta por lo bajo el Guerrero cuando volvió a engancharse contigo.

— A luchar —dices por toda respuesta.

No insistió el Guerrero, pero algo en su instinto le dijo que no te hiciera confianza. Velo de la Muerte te abandona pero no te importa, de todos modos alcanzas a hacer unos lances que a la gente le gustan y a aplicar un par de llaves que duelen sobre tus adversarios, hasta que terminas regalando la lucha al bando técnico al aplicar un golpe bajo que ni siquiera escondes del *referee*. Podría decirse que todo normal, pero

algo denota tu mala vibra.

La raza en las gradas está en el mejor punto, que es lo que a ti te interesa. Están listos para la lucha estelar, al igual que tú.

No esperas por tu pareja ni por nadie, y sin mirar atrás, te vas a los vestidores mientras la raza te grita al unísono: ¡Chingas a tu madre, Feral!

Capítulo 15

El oficio vendrá y te agarrará de los *tompiates*

No puedes evitar recordar a los personajes de *Trino* en *La Chora Interminable*: un escritor en mangas de camisa con un eterno cigarro en la mano, que nunca escribe nada y una Musa *chafa* acompañándolo. Te consta que las oleadas de inspiración de pronto llegan y no te dejan en paz hasta que les das salida. De repente usas tiempo clandestino para aventajarle a la novela que espera pacientemente desde hace meses —años ya— a que le añadas capítulos, párrafos. Dejas de escribir algunos códigos, algunos programas; chamba que todo mundo espera que hagas *para ayer,* con tal de sacarte de la manga un capítulo de 5 cuartillas para la mencionada novela. Excelente. Pero de pronto el sentimiento de culpa asqueroso y detestable llega a fastidiarte el momento de éxito. Tomas por asalto tres cuartos de hora que se supone son para otra cosa y te metes a un café con una silla cómoda y un enchufe cercano para la *laptop* y se te van dos tercios del tiempo pensando qué demonios escribir que justifique la infracción. Tarde de lluvia, dispones de un par de horas a solas en tu estudio: taza de café, *pachita nalguera* con un poco de tequila, un par de rebanadas de pan tostado, y *pinchemil gigas* de música a tu disposición. Nada. Sabes que no tienes todo el día, toda la tarde... ni siquiera toda la noche o días próximos. Tu oficio regresará a agarrarte de los *tompiates* y no te los soltará hasta que termines los reportes para el sistema de información de los programas de inversión escolar, o que le avances algo al sistema de información hospitalaria que tiene meses de retraso y que te está robando mucho de tu tiempo; la chamba por fuera ocupará tus tardes y tus noches; hasta tiempo del que oficialemente no dispones. Carajo. Darías mucho para que eso se acabe y puedas usar ese tiempo para escribir otras cosas. Paciencia, te dices mientras los minutos pasan y se acerca el momento en que deberás apagar la computadora y olvidarte hasta nuevo aviso de contar con tiempo disponible para "escribir".

Capítulo 16

Relatos ruleteros: Certeza

El taxista viene fumando desde que abordaste en la Central Nueva, y desde entonces hasta que llegan a tu departamento se fuma otros tres cigarros. Está nervioso. Seguramente terminarás sintiéndote violado con la tarifa, pero tienes prisa

— Y no es para menos, amigo —comienza a relatar el taxista, previo lanzamiento con garnuchazo de la colilla en turno—. Por la mañana, hoy mismo, se subió un cabrón que tenía toda la facha de maleante. Ni siquiera preguntó la tarifa, "voy a la *Consti*", dijo. Nada. Lo levanté allá por el *Retiro*. Se sentó aquí junto a mí, iba callado. Todo bien.

Aquí, hace una pausa para darle un par de caladas a su cigarro. Hasta le tiembla la mano. Comienzas a dudar seriamente de la pericia del taxista, pero guardas silencio para dejarlo contar el cuento a gusto.

— Pero de repente el *bato* se alteró. Se puso como alerta. "¿Ves esa camioneta?", me señaló una *pick up* negra que iba delante de nosotros, *placosa* a madres. "Emparéjatele, quiero ver
si sí son", y que saca una pistola y se la puso sobre las piernas. Creí que me iba a *mear* encima, amigo, pero no me atreví a decir nada y me acerqué a la camioneta como me dijo.

— ¡Chingue su madre! —exclamas— ¿y que pasó? —preguntas, aprovechando que el taxista se pone nuevamente a fumar.

— *Pos* el cabrón se asomó a mirarle no sé que chingados a la camioneta, las placas, qué se yo. Y dijo: "sí es". Fue cuando yo le dije que no quería *pedos*. "Yo tampoco", dijo él, "si ésta la traigo nomás *pa'* cuidarme. Ya déjalos ir, que no te vean." Y *pos* yo me fui haciendo pendejo hasta que la camioneta se fue alejando solita. "Déjame en la esquina", me dijo. Se metió la pistola en la ropa y se fue a la chingada..., yo me fui a buscar un baño.

— ¿Y no le pagó?

— ¡Se me olvidó cobrarle! Lo que quería era que se bajara ya. Pinches nervios. ¡Yo soy taxista, no me deberían poner nervioso estas cosas!

— ¿Y porque no mejor se fue a su casa?

— No amigo, aún no he cubierto la cuota.

En ese momento es que tienes la certeza de que te van a chingar con la tarifa.

Capítulo 17

Cuando el Emporio se detuvo II

Se supone que es un día común y corriente. La noche al parecer transcurrió sin contratiempos. Llegas temprano a la sucursal y al abrir las puertas y desactivar la alarma lo puedes comprobar. Los compañeros han llegado temprano también, ninguno faltó. La limpieza de rigor está hecha desde el día anterior, solamente es cuestión de limpiar levemente antes de abrir, dar unos retoques. La infraestructura de la cocina está en orden, hay gas, luz, agua, los proveedores tienen todo bien surtido. A la hora indicada los compañeros comienzan a producir hamburguesas. Las máquinas de refrescos están llenas y funcionando. Todo pinta para que sea un buen día, tranquilo y sin incidentes extraños. El sueño de todo gerente.

Pero después de cuatro horas de haber abierto la tienda, no ha ingresado un solo cliente al establecimiento. Ni uno. Aunque te comenzaste a preocupar desde que había transcurrido una hora. Ni siquiera ha sonado la bocina anunciando a los compradores de comida para llevar que llegan en automóvil. Ya es demasiado el producto que se ha tenido que desechar siguiendo la premisa corporativa que te indica que siempre debe haber comida caliente en el aparador y que no debe permanecer allí más que un determinado número de minutos.

Hace rato que has llamado a tu coordinador regional: "No ha entrado un solo cliente ¿qué hacemos?" En vía de mientras, los empleados se han puesto a jugar a adivinar cual de las personas que caminan por la calle será la primera en entrar. Han estado observando y pueden jurar que éste o aquél están a punto de entrar. Alguno incluso asegura haber visto a varios vehículos dar vueltas a la manzana haciendo amagos de entrar al acceso y pedirle al micrófono su orden. Incluso hacen apuestas y pronósticos sobre la hora en que venderán la primer hamburguesa. Ninguno se atreve a predecir que en todo el día no lo harán. Te aseguras personalmente de que las puertas están abiertas y solamente las utilizan el par de supervisores que vienen a revisar cómo diablos está ese asunto de que en todo el día no ha habido una sola venta. No lo esperaban, hablan de nueva cuenta con el coordinador que, ante lo alarmante de la situación, ordena que de inmediato trasladen la mitad de las materias primas perecederas que no se han arruinado a otras sucursales y que el costo de toda la mercancía que se echó a perder ya sea cubierto por el personal del local.

La noticia llegó con el cambio de turno y la totalidad de los compañeros se niega rotundamente a cargar con el enorme costo de la falta de ventas del

día. Unánimemente deciden retirarse sin iniciar siquiera su turno de trabajo a menos que se dé marcha atrás a dicha medida. El día es un desastre, no sólo no ha habido ventas, el personal del segundo turno se niega a limpiar el lugar, la cocina, recibir a los proveedores, en fin, no cierran la tienda como es debido y en masiva desbandada renuncian y exigen sus liquidaciones en toda regla. La ventaja de ser en su mayoría jovencitos en el primer empleo. Para tí como gerente es más ventajoso seguir los pasos de tus compañeros que quedarte a pagar los platos rotos por lo que terminas renunciando tú también.

Pero no quedas exento de asistir al día siguiente a hacer entrega de llaves, cuentas y la tienda en general al nuevo gerente y al personal provisional que de manera emergente la cadena ha podido conseguir. Los dos supervisores y el coordinador en persona hacen acto de presencia en el lugar y desde temprano pueden encarar la realidad: ningún cliente ingresa al local. Aún en su noche sin sueño lo han podido prever pero las cosas son mucho peores. A tres horas de iniciada la jornada hay otras cinco sucursales en iguales condiciones: sin una sola venta.

Cuando finaliza el tercer día, uno de los supervisores ha desaparecido para no volver a ser visto en esta parte del planeta, las malas lenguas dirán que anda a salto de mata escondiéndose de todos sus acreedores. Al otro supervisor su mujer le exigirá el divorcio y su amante lo mandará al carajo porque será incapaz de mantener los gustos y gastos de ambas mujeres. Al coordinador regional lo encontrarán colgado de la lámpara de su oficina.

Al terminar la semana, la cadena se retirará del país. En un mes no quedarán hamburguesas extranjeras en el territorio nacional.

Capítulo 18

Relatos ruleteros: El tubo

— Parecían una familia normal, *mano*. La señora, el *morrito* y el señor. Me hicieron la parada y atrás se subieron la señora, joven la señora y el chavito... con un tubo —comenzó a relatarte el taxista después de unos minutos de que abordaste el taxi.

— ¿Un tubo? —preguntas para estimular la narración.

— Sí, un tubo, era de calibre tres cuartos de pulgada y como de un metro de largo... lo vi por el retrovisor... y adelante se subió el señor, joven también. El chavito tendría como cinco años —el chofer del taxi lo contaba con nervio, hasta parecía que seguía viendo el mentado tubo cada vez que miraba el retrovisor. Encendió un Marlboro, te ofrece y aceptas.

— ¿Y?

— Y, se subieron allá por la Josefa Ortíz y la 56 y me dijeron "déle derecho, hasta el parque de la *Soli*", ni siquiera negociaron la tarifa, y *pos* hasta allí todo normal, ya hasta se me había olvidado el tubote... hasta que cruzamos Plutarco. Fue cuando el señor se puso a preguntarle a su señora: "¿Aquí es?", "no", "¿aquí es?", "no", y así cada cuadra. El señor se veía encabronado cada vez más, hasta que la doña le dijo: "en la siguiente esquina", "¿segura? ¿estás segura?", "sí", "¡párese en la esquina!" y *pos* que me paro. Era una casa en una esquina, ya ni me acuerdo cual, pero si paso por allí seguro que me acuerdo. "¿Segura que aquí es?", preguntó el cabrón, "sí, segura", "¡échame el tubo!" y la vieja que le da el tubo, "¡no te vayas a ir!", me dijo a mí, pero ¿cómo me iba yo a ir? con la doña y el chavito ahí...

— ¿Y qué hizo el otro? —preguntas ya de plano inmerso en el relato, aprovechando que el chofer hace pausa para darle unas caladas al cigarro que desde hace unos minutos se consume solo mientras su propietario narra.

— *Pos* comenzó a darle de tubazos a todo lo que veía.

— ¡Ah, no mames!

— ¡Sí! Las ventanas, las puertas, las macetas, al carrito que estaba estacionado afuera. ¡No mamar! Se estuvo como cinco minutos haciendo *desmadre*, tubazos a lo cabrón, y de la casa, nada. Yo pensé que iba a salir alguien a meterle unos tiros a ese *güey*, o que iban a llegar los *polis*,

pero, ¡nada!

—¿Y usted que hizo?

—¿*Pos* qué iba yo a hacer? Me dediqué a ver la *pachanga* de tubazos... y cuando terminó, volvió a subirse a mi taxi, no sin antes pasarle de nuevo el tubo a la señora..., "listo, *ámonos*", dijo él, "¿a dónde, joven?" le pregunté yo, "de regreso". Y ahí vamos, de regreso a donde los subí. Se fumó un cigarro en el camino y ya no dijo nada más. Sólo la *doña*. Cuando llegamos y se estaba bajando del carro dijo: "A ver si se le quitan las ganas de andar de caliente al hijo de la chingada..."

Capítulo 19

Beto el Tetero

La estación radiofónica es uno de los lugares donde cualquier día puedes conocer al personaje más raro. Por lo menos pensarás eso cada vez que ocurra, como hoy, cuando llegas y te encuentras a un tipo que se hace llamar Beto el Tetero.

Vende tetas.

Tema de conversación infalible, de entrada. Trae para todos lados su muestrario de prótesis de silicón. Naturalmente es llamativo y él, como buen vendedor, aprovecha el morbo para hacer su labor de ventas.

— Mira, ten. Siente esto —te dice mientras te pone en la mano una masa cuyo peso desconoces, pero que cabe bien en ella— ¿Cómo se siente?

— Eeeeh, digamos que bien —contestas todavía sorprendido.

— No, lo que pasa es que tú estás pensando que es una simple bola de silicón. Pon onda, cierra los ojos, *carnal*. Clávate en la textura.

— ¡Aaaaah! ¡Fabuloso! —efecto psicológico bien aplicado.

— Ahora colócala dentro de una prenda, digamos, debajo de tu camisa..., y siéntela.

— ¡Otro pedo!

— Muy bien. ¿Cuántas vas a querer?

Por un momento de verdad piensas en cerrar transacción.

Capítulo 20

¿Por qué no puedo ser del *jet-set?*

Las reuniones generacionales de la escuela comienzan a aburrirte una vez pasado el golpe de nostalgia del principio. Ahora te parecen una suerte de fiesta diplomática en la que los asistentes beben coñac meneando garbosamente la copa y hablan de sus viajes al extranjero o de las partidas de golf y de tenis mientras presumen también el título nobiliario, el currículum y hasta el pedigrí.

Sabes que tu prestigio no es el mejor en tal círculo.

A pesar de la pompa, alguien ha preparado una enorme ponchera con una peculiar poción: jugo de naranja, de limón, de mandarina, de lima y de toronja; caldo de cítricos al que le han añadido también una botella de *Tequileño* de a litro.

Menudo brebaje.

Cuando entras al lugar, todos los presentes te voltean a ver, como a forastero que abre las puertas de vaivén de la cantina. A todos les llama la atención tu rostro desencajado, la camisa desfajada y la melena alborotada bajo el sombrero, todo esto aunado a lo súbita de tu irrupción. Efectos todos del día de perros que has tenido la víspera, la noche de velorio y medio día invertido en un sepelio. Receta para un ánimo por los suelos.

— ¿Estás bien? —te pregunta alguien.

Te diriges a zancadas hacia la olla del ponche y sin decir nada, te empinas cinco cucharones en rápida sucesión, haciendo ruido al sorber y derramando una buena parte del líquido por las comisuras de tus labios. Te limpias con la manga y rematas con un sonoro eructo, con lo que ganas que no te vuelvan a dirigir la palabra durante la tarde.

Veinte minutos más tarde, duermes plácidamente en un sillón con la cara cubierta por tu sombrero mientras la fiesta continúa y tu reputación sigue yéndose al carajo.

Capítulo 21

Relatos ruleteros: Pinche conciencia

Si hubiera habido alguien en el asiento trasero del taxi, seguramente se habría reído al contemplar la escena. Te quedas mirando con descaro al taxista con tu mejor cara de "yo a ti te conozco" mientras éste mantiene nerviosamente la mirada en el camino, sintiéndose observado.

Silencio incómodo.

– ¿Tú te llamas Esteban? –preguntas al fin.

El otro voltea, sorprendido, con los ojos muy abiertos y con un marcado tono de susto, te responde con una pregunta.

– ¿Cómo te llamas tu?

"Así debe de tener su conciencia este güey" –piensas– ¡Cabrón! ¿No te acuerdas de mi? Del barrio... yo vivía en el 26.

– ¡Oh, si! –responde después de mirarte un instante, cuando parece decidir que no lo estás bronqueando después de todo.

Pasan el rato que dura el viaje charlando y poniéndose al día, con algunas preguntas sobre sus respectivas familias y algunas anécdotas. Te dice cómo es que se hizo de su taxi, dónde está viviendo y sobre sus hábitos de trabajo. Algunas risas. Intercambian número de celular.

Al llegar a tu destino, te bajas. Se despiden.

En el taxi, Esteban había estado esgrimiendo del lado de su puerta, donde tú no veías su mano, una enorme llave de matraca, pronta al garrotazo. Solo la suelta cuando te pierde de vista.

Pinche conciencia.

Capítulo 22

Duda

Las nalgas son los músculos más grandes y fuertes del cuerpo humano. No es que un gorila bruto como tú sea muy bueno en anatomía, lo que pasa es que ese axioma lo aprendiste hace muchos años en una de tus primeras chambas de *madrina*. De hecho, fue un abogado y no un doctor quien te lo enseñó: "Ve y dispárale un *plomazo* en una nalga. No le pasará nada, hasta podrá caminar. Pero el susto que le meterás no se lo quita nadie."

Fabuloso.

Te había parecido genial. Le cogiste gusto a balear culos. Y aunque tu actual patrón te ha dicho que no lo hagas, piensas: "¿Qué más da si le doy antes un tiro en una nalga si de todos modos me lo voy a cargar?"

Por eso estás asomado a la ventana, esperando, con paciencia y en postura para hacer puntería a gusto. Como francotirador. "Además" —piensas— "no es tan difícil atinarle a un culo y es muy chingón ver a la víctima retorcerse de dolor antes de rematarla".

Tu presa sale con sigilo del hotel. Está huyendo. Al abrir la cajuela de su auto y ponerse a acomodar sus cosas adopta una pose que te parece ideal. Te excitas. Hasta viene a tu mente la letra de *Los Esquizitos*: "La distancia entre el auto y la casa no es suficiente para ponerlos a salvo". Empuñas tu arma y apuntas. Dudas antes de disparar.

¿Nalga derecha o izquierda?

Capítulo 23

Impotente

No recuerdas cómo es que has llegado a ese cuarto de hotel. Ni siquiera sabes en cuál hotel estás o si de hecho, esa es una habitación de hotel.

"¿A quién chingados le importa?", terminas por decidir. Estás acostado en la cama vestido. Tu traje totalmente arrugado, la camisa desfajada y con manchas de comida, la corbata negra mal anudada. Sigues borracho. Buscas erráticamente tu celular entre tus ropas. Primero encuentras la pistola, te has acostado sobre ella. Al fin marcas. Da buzón. Insistes.

— ¿Dónde... dónde está la *shava* que encargué? Bueno, ¡que se apureee...! —gritas al aparato. Cuelgas y vuelves a dormitar sobre la sucia cama una vez más sin desvestirte. Te habías pasado toda la tarde en una cantina deleitando a la concurrencia con tu *performance* cantinero.

— ¡Chingas a tu madre, baboso! —le habías gritado a la pantalla que mostraba a los analistas deportivos de Disneylandia hablando por teléfono con uno más de los futbolistas que volvían de Europa a vender espejitos. Era evidente para el resto de los parroquianos que *le estabas hablando* al futbolista y que ya tenías varios tragos encima.

— Chinga tu madre. Son todos unos puercos —rematas con desconsuelo antes de regresar tu atención a tu cigarro y a tu tarro de cerveza. "¿Qué le dirías a la gente de León que te fue a recibir al estadio?", preguntó el comentarista al futbolista en la tv— ¡Que se pongan a trabajar! —gritas de nuevo, esta vez, también *mentando* la madre con un gesto. Odias el futbol. Odias a los futbolistas. Toda la elocuencia del mundo no te alcanza para describirlo. Son la causa de que estés allí, en quien sabe qué hotel de mala muerte esperando a una mujer a la que seguramente verás por única vez. Quizás también sean la causa de odies todo lo que te rodea.

Fue un futbolista quien te dejó convertido en un inválido, fue un futbolista quien te dio la patada "accidental" hace tantos años en un pinche partido llanero. Fue un futbolista quien te quitó la oportunidad de estar con una mujer como todo mundo. También fue un futbolista quien habría de convertirse en tu primer víctima.

Suenan unos golpecillos en la puerta. Te saluda una voz femenina y cachonda— Sí... este... ¡Sí! ¡Adelante! —Te desperezas lo mejor que puedes, incluso intentas peinarte cuando dejas entrar a la chica. Todo un caballero, según tú, cuando le pagas y le ofreces una silla que te

encuentras en el cuarto. Todo bien hasta que ella te pregunta qué es lo que harán.

Es entonces que llega el primer puñetazo.

Capítulo 24

Relatos ruleteros: Bajo advertencia

— Un día se subieron tres cabrones *cholos*, joven. Iban ya medio *alumbrados* —te dijo el taxista al tiempo que extendía sus dedos pulgar y meñique derechos—. Me hicieron llevarlos hasta la colonia Jalisco. Eran como las tres de la mañana cuando llegamos y me dijeron que no me iban a pagar, "¿cómo que no me van a pagar?", pregunté, "y hágale como quiera", me dijeron. Ya hasta se estaban bajando del taxi. Caminando, ni siquiera corriendo. Pinches fanfarrones.

— ¡Ah cabrón! ¿y usted qué hizo? —imposible que tú no te intereses en una charla que comience con tal prólogo.

— *Pos* les saqué ésta —dijo el viejo chofer mientras sacaba de debajo de su asiento una pistola que bien pudo pasar como mortero a ojos tuyos, que siempre le has temido a las armas de fuego—, y les dije: "¡*Ora* hijos de la chingada! ¡hínquense!"

— ¿Y se hincaron?

— ¡A *güevo*! Cuando voltearon ya les estaba yo apuntando y *pa'* pronto ya estaban besando el pavimento.

El viejo ya había guardado el arma, para tranquilidad tuya.

— ¿Y qué hicieron ellos?

— Se pusieron a chillar y a decirme que estaban jugando y que enseguida me pagaban. En chinga que me pagaron, joven. Hasta me dieron dinero de más. Y después les dije que se largaran, y *ai'* los tiene corriendo a los muy *culitos*. Cabrones.

— ¿Los dejó ir así nada más? —preguntas.

— No, les hice un tiro a las patas cuando ya se estaban yendo. ¡*Pa'* que vieran que no me ando yo con mamadas!

No sabes si el viejo le larga a todos los pasajeros ese discurso cada vez que abordan su taxi, enseñada de pistola incluida. Pero piensas que resulta bastante efectivo para evitar cualquier tentación de querer transárselo.

Capítulo 25

El vestido azul

Te despertaste temprano, según tú. Las 9 de la mañana en un día domingo es madrugada tomando en cuenta las altas horas a las que llegaste a casa. Te estiras perezosamente en tu cama mientras las sábanas se reacomodan obedientes a los movimientos de tu cuerpo. Miras sonriente a la silla que tienes junto a la cama, en cuyo respaldo descansa el vestido nuevo al que te hiciste acreedora junto con unos pesos la noche anterior. Te parecen fantásticas las cosas que el ansia de compañía puede comprar. No esperas más y te levantas de un salto, las sábanas caen al piso mientras te quitas tu ropa de dormir y dejas que tu vestido azul turquesa se deslice sobre tu piel para mirarlo por enésima vez al espejo y admirarte a ti misma dentro de él. Posas de mil maneras a la vez que con tus manos acomodas de inimaginables maneras tu cabello ensortijado. Sonríes al espejo, enfundada en el vestido de noche que el viejo comerciante te compró para que asistieras elegante a la fiesta y así pudiera lucirte como si fueras un reloj, alguna joya o artículo fino que se presume a las amistades. Tu sonrisa es bella, sobre todo porque es de alegría y no la falsa máscara que utilizas cuando tienes que vender algunos instantes de tu persona. Tan bella que algunos hombres se sienten sincera e ilusamente enamorados de ti, aunque tu rechazo sistemático los mantiene a raya y los limita al platonismo cruel.

Enciendes la televisión, la dejas que proyecte las noticias locales y te metes a bañar. Permites que el agua caliente recorra tu cuerpo y te relaje. No te gusta trabajar por las noches, pero el dinero que ganaste por acompañar al patético viejo a la fiesta justifica la desvelada. Ya alguna vez había sido tu cliente, y hace un par de días te llamó para pedirte que fueras su acompañante en una fiesta a la que también iría su ex esposa. El tipo ronda los cincuenta y tantos años y prefirió pagar por tu compañía antes que tener que invitar a alguna de sus exigentes amiguitas. Lo ayudarías a ser el centro de atención y la comidilla del resto de los invitados. Era su idea. Una vez pactado el encuentro, te llevó a que escogieras un vestido para la ocasión y te lo compró. Estabas muy emocionada con tu vestido. Los zapatos que le hacen juego completaron el conjunto y cerraron lo que para ti fue un buen negocio.

Solamente tuviste que poner cara de palo durante la fiesta y hacer caso omiso de las miradas y los dimes y diretes que muchos invitados vertieron en tu honor y en el de tu patrón temporal. Afortunadamente, el viejo se torció un tobillo durante el viaje de compras y eso te libró de tener que bailar con él. La noche mejoró notablemente cuando al patrón se le pasaron las copas y comenzó a hacer desfiguros ante la familia de su ex.

Después de dar cuenta en forma inmisericorde de dos botellas de ron *Bacardí* como si fueran agua de horchata fue y vació el contenido de la ponchera —y de su estómago— sobre su antigua suegra, quien se había pasado toda la tarde en manos de un estilista gay que la estafó con un peinado caro y horroroso. Eso bastó para desatar los infiernos familiares sobre el pobre viejo.

La última vez que lo viste, era llevado en ristre hacia destino incierto y poco prometedor por los cuatro nietos mayores de la familia —que forman parte de la selección de básquetbol de la UCMA– mientras su ex mujer le gritaba improperios seguida por el resto de la comitiva familiar. Decides escurrir el bulto y tomar un taxi antes de que fijaran su atención en ti y te hicieran partícipe de un destino similar al de tu empleador.

Cuando ibas en el auto de alquiler te preguntaste cómo es que el viejo había logrado ser invitado al *borlote* de su antigua familia política. "A la *gorra* no hay quien corra", sentenciaste como pensamiento final del asunto mientras cenabas un *pozole* con *sopes* de requesón en la cenaduría de la esquina de tu casa acompañados por una *pepsi*.

Capítulo 26

La copa rota por ella

— Aturdido y abrumado por la duda de los celos, se ve triste en la cantina a un bohemio ya sin fe, con los nervios destrozados y llorando sin remedio como un loco atormentado por la ingrata que se fue. Se ve siempre acompañado del mejor de los amigos, que le acompaña y le dice: quiero que brindemos por ella, después de todo es mejor, que nunca sepa la pena que compartimos tu y yo...

— No, no... ¡No, *güey*! —Ella se llevó las manos a las sienes con desesperación. No era posible que siguieras confundiendo la letra de las canciones.

— ¿Y *ora* qué? —preguntas.

— La volviste a *cagar*.

— Va de nuevo, pues —ofreces.

— No. Hoy no. Me tengo que ir —dijo ella comenzando a vestirse mientras la miras con desconsuelo.

Sales de la habitación sin despedirte de ella, azotas la puerta y, encabronado, regresas a trabajar.

Ya puedes considerarte parte del activo fijo de la cantina. Cuando no estás ofreciéndole a los parroquianos *bola* para los zapatos, te sientas en una silla junto a la puerta con una botella de *Barrilito* en la mano —aunque a todos aseguras que eres abstemio— y tu cajón de *bola* a un lado, en el piso. A veces, cuando tienes monedas de a cinco, le pones algunas a la rockola y escoges siempre las mismas canciones: *La Copa Rota* y *Por Ella*, de José Feliciano, nunca mencionas a José José.

— Los mejores clientes —dices— son los políticos. Siempre van con un enjambre de *lambiscones* oliéndoles el pedo. Como moscardón y mierda. Pero lo chingón es que cada vez que le doy *bola* a alguno, cada uno de los *güeyes* que van con él me paga y hasta me dice que me quede con el cambio.

A veces te ausentas de la cantina. Nunca le dices a nadie a dónde vas, pero más de alguno ha visto tu cajón de *bola* encargado con la recepcionista del hotel que está cruzando la calle. Tampoco le dices a nadie que te la pasas con la Keku que, para acceder a acostarse contigo te

pide siempre que le cantes sus dos canciones preferidas de Feliciano.

Sigues luchando por aprendértelas.

Capítulo 27

La ignorancia es dicha

Los barriles de aluminio son un armatoste de 30 litros y 40 kilos de peso —cuando están llenos—, en la parte de en medio tienen un boquete que es por donde los llenan para después ser tapados con un tapón de madera al que le dan unos chingadazos con un marro. En la parte superior tienen lo que llaman *la patente*, que es por donde se conectan a las válvulas, ya sea manuales o de gas, para que salga el producto, esto es: cerveza.

Todo mundo te ha dicho que tu empleo en la cervecería es un trabajo de puta madre, y ciertamente lo es. Allí, el más chimuelo masca fierro, y tú no puedes ser la excepción. Como encargado de cuidar el almacén de barriles tienes que tener ojo avizor. Sobre todo con los choferes de los camiones repartidores de barriles que van a restaurantes y bares a venderlos y también con los de las camionetas que reparten pedidos a domicilio y que de vez en cuando llevan barriles para alguna fiesta. Esos cabrones vendedores han encontrado el modo de *ordeñar* los barriles. De diez barriles, digamos, hacen otro, lo venden y se quedan con ese dinero. Como los barriles son de aluminio, no es posible ver cuando les falta un poco —o un mucho— de producto.

Pura vida.

A veces los barriles fallan, la patente puede tener algún defecto y fugar el gas. O a veces el tapón de madera está poroso y se sale el líquido o el gas —o ambos—. De ese modo te das cuenta de que uno de los barriles del almacén está fugando. Pero lo que le está saliendo no es cerveza clara ni cerveza oscura, parece como si fuera un capuccino. Se lo muestras a tu compañero, que después de observarlo un rato dijo lo mismo que tú estás pensando: "está *campechaneado*". Es decir, alguno de los cabrones vendedores mezcló barriles de cerveza clara y cerveza oscura para hacer otro barril que no logró vender y te lo devolvió al almacén el muy *güevón*.

Al día siguiente, le das el barril al vendedor que ha hecho eso, que resulta ser uno de los que hacen pedidos a domicilio y le dices que no se pase de verga, que tú no sabes cómo le va a hacer ni te interesa, pero que no quieres ese barril de regreso en el almacén.

Por la tarde, cuando regresa de la ruta, te dice que ha llevado el barril a una casa donde tendrían una fiesta. Es costumbre que cada vez que dejan un barril en un domicilio particular, en el que no hay instalación de gas donde poner el barril —como lo habría en un bar—, dejan el barril con una

tina con hielo, un chingo de vasos y una válvula manual para que puedan servirse, y siempre prueban la válvula delante del cliente para que vea que sí funciona bien y en su defecto, hacer ajustes. El vendedor te dice que le sirvió un vaso del barril *campechaneado* al cliente y que éste, una vez que la probó sentenció:

"¡Qué sabrosa está!"

Capítulo 28

Connotación

Recuerdas esa tarde como si aún la estuvieras mirando: la Keku baila ante el pequeño grupo de clientes y convive animadamente con ellos, incluso uno, un chaparrito carismático es metido bajo su blusa y no lo deja salir hasta que le deja babeadas las tetas mientras los otros miran el futbol americano en la tv del bar. Tú miras la escena desde la barra concentrándote en la mujer, fantaseando mil cosas absorto. Hasta te has olvidado del pequeñuelo que está dentro de sus ropas. Ella está comenzando a aburrirse, lo notas porque ha cambiado sus modos sabes que si no fuera porque los tipos en cuestión son los únicos en el bar esa tarde de domingo, les hubiera dado esquinazo. En lugar de eso, se pone a presumirles sus abundantes carnes y a mostrarles una diminuta tanga al tiempo que dice cien palabrotas por segundo. Llega un momento en que se pone entre la televisión y los parroquianos, con lo que gana que uno de ellos le de una nalgada y le grite: "¡Qué culote!"

Ella guarda silencio de pronto y parece sumirse en la melancolía. Hasta el chaparrito se sale de debajo de su blusa y se pone a ver el partido de americano con los demás.

— Yo pensaba que me llamaban la Keku por "qué culote" —dijo ella después de un rato de silencio.

— ¿Y no? —preguntó uno de ellos.

— No... resulta que es por "qué culera".

Todos asintieron en silencio y brindaron, siguieron mirando el americano e ignoraron por un rato más a la Keku.

— Eh, tú —te dijo de pronto señalándote con el dedo—, te pago toda la *peda*, lo que quieras. Pero vente conmigo ya.

Mientras el resto del grupo miraba una derrota más de los Raiders de Oakland a manos de los Miami Dolphins, la Keku bailaba sobre ti en un camastro del hotel frente al bar.

— ¿Te dije por qué me llaman la Keku? —te pregunta melosamente.

— Sí, lo dijiste allá abajo.

— Sí, bueno, pero lo de culera no es porque yo esté fea.

— ¿Ah, no?

La mujer se levantó, dejándote mirándola desde la cama, y contoneándose y dándose a sí misma una nalgada, llegó hasta donde había dejado su bolsa, de donde sacó una enorme pistola revólver y se puso a jugar y posar con ella de forma teatral mientras tú, sorprendido y asustado la miras hacer.

— No. Lo de culera es por méndiga malintencionada.

Capítulo 29

"*Usté dirá"*

Entreabres los ojos cuando sientes que tus piernas se comportan de manera extraña. La bruma en tu cabeza no termina de despejarse y tardas varios segundos en recordar las circunstancias que te han llevado a ese momento tan absurdo, pero también ridículamente peligroso.

"*Usté nomás* diga en cuál nalga quiere que le pongamos el *plomazo*, jefe", es lo primero que recuerdas haber dicho. El ambiente está infestado de la penetrante higiene de los hospitales, todo debería ser blanco, pero no distingues bien en medio de la anestesia, la confusión y los difusos dolores que sientes a causa del incidente que te ha colocado en esa cama. "Quédese tranquilo, jefe. No lo voy a maltratar mucho. Ni siquiera le va a doler tanto. Pero del susto que le voy a meter, va *usté* a ver si no va y le paga su dinero cojeando, en silla de ruedas... arrastrándose el cabrón pero va y le paga", garantizaste cuando tu ocasional empleador te pasó la bolsa con billetes. Pago para ir a maltratar a un deudor suyo.

Las piernas. Te están izando por las piernas. Como a *escuincle* recién parido. Carajo, ni en tus mejores y sádicas ideas de sicario se te hubiera ocurrido usar para torturar a alguien la pequeña grúa que los estereotipos clínicos han puesto sobre cada cama de hospital.

"Mírelo, allá va. Aquí deténgase, pareja. Quietecito *pa´* poder hacer mejor puntería", le dijiste a tu compañero justo antes de que el camión urbano golpeara violentamente el vehículo matando a su conductor y dejándote en estado lamentable y sin haber cumplido con tu encargo de matón.

La grúa ha llegado al límite. Estás completamente izado, indefenso, con la bata de hospital cayéndote encima, dejando tu culo al descubierto. El extraño te sonrió.

— *Usté* dirá en cual nalga quiere el tiro— te dijo el desconocido antes de abrir fuego.

Capítulo 30

La escafandra

Tu respiración se hace cada vez más difícil y comienza a empañar los cristales de la escafandra, la visión también es precaria. Has estado sumergido mucho tiempo. Seguir abajo significaría tu locura. Es prioritario salir a la superficie, seguir la luz.

Tienes miedo.

Pero tu miedo no es por no lograr regresar.

Temes que lo que imaginas profundo resulte haber sido solo un charco. Aunque para ser solo un charco tenía mucha fauna marina: piratas, tiburones, sirenas, krakens y, sobre todo, serpientes marinas.

Te sumergiste a explorar, buscando algo más que tesoros. O mejor dicho, buscando uno que quizás no es el que la mayoría podría imaginar. Encontraste tesoros, ciertamente, pero no son para ti, y no es sencillo dejarlos en lo profundo. Pero ahora estás obligado a regresar.

Y sin embargo, en su momento, sumergirse fue mucho mejor que continuar en la seguridad de la barcaza.

No existe nada que te ate. Aunque sí cosas que te dificulten el regreso.

Ya quieres volver.

La primera bocanada sabrá a gloria.